

## Algunas consideraciones sobre el Estado

*Carlos Longhini*

El análisis del papel del estado moderno que llevamos adelante no se orienta hacia la consecución de una definición que dé cuenta de él a través de una conceptualización precisa, ni tampoco provee elementos que contribuyan a descubrir en él un significado único. Noción inaprehensible, entidad abstrusa, el estado en la modernidad adquiere sentidos diversos todos los cuales están relacionados con otros conceptos que hacen a la vida de las sociedades: democracia, poder, soberanía, representación, partidos políticos, sociedad civil, etcétera. El tratamiento de estos temas a la luz de la filosofía política es un intento por responder filosóficamente a problemas políticos de nuestro tiempo

Desde diferentes campos de pensamiento se estudia el fenómeno “modernidad” y sus alcances como una forma de buscar -y encontrar- algún parámetro que permita mensurar -y explicar- el cúmulo de sucesos que vertiginosamente aparecen y desaparecen del escenario de la historia. Entre los grandes filósofos que reflexionaron profundamente sobre la modernidad se encuentran Friedrich Nietzsche y Martin Heidegger, para quienes su característica más notable es la de ser entendida como una progresiva “iluminación” que se desarrolla sobre la base de un proceso cada vez más pleno de apropiación y reapropiación de los “fundamentos”, los que a menudo son concebidos como verdaderos “orígenes”. Así, Nietzsche denuncia el proceder frío e inescrupuloso de este monstruo que persigue la opresión de los pueblos. “En algún lugar existen todavía pueblos y rebaños, pero no entre nosotros hermanos míos: aquí hay Estados. ¿Estado? ¿Qué es eso? ¡Bien! Abrid los oídos, pues voy a deciros mi palabra sobre la muerte de los pueblos.

Estado se llama el más frío de todos los monstruos fríos. Es frío incluso cuando miente; y ésta es la mentira que se desliza de su boca: ‘Yo, el Estado, soy el pueblo’”<sup>1</sup>.

Este autor iniciará, como camino de aclaración, una indagación de tipo genealógica<sup>2</sup> que resultará algo así como una investigación de la bastardía política. Si nos remontamos hasta Platón se verá que el interés está centrado siempre en lo que constituye la búsqueda de causas y razones de los fenómenos pero privilegiando el inmutable mundo de las ideas por sobre la engañadora materia sensible: todo lo relacionado con el cuerpo, con la materia, los placeres y los deseos es condenado como pernicioso; doble condena pues se aparta del camino del conocimiento y conduce a los hombres a destinos alejados del bien. Esta doctrina tiene implicancias políticas precisas pero, además, constituye el trasfondo conceptual que va a regir en gran medida el funcionamiento de la racionalidad occidental, siendo uno de sus resultados el de reducir los riesgos de la vida en pos del incremento de la seguridad y del bienestar medio. Tanto el helenismo como el cristianismo tienen importantes puntos de contacto con el esquema platónico de pensamiento a través de la meta declarada del cristianismo de hacer “mejor” a la humanidad, de lograr la domesticación de la bestia humana. El estado, nunca ajeno a esto, ha tomado el relevo de la Iglesia: “En la tierra no hay ninguna cosa más grande que yo: yo soy el dedo ordenador de Dios”. La ciencia aporta sus conocimientos a este fin contribuyendo a la creciente separación del hombre de aquello que lo sumerge en la vida, pero a su vez la ciencia también crea una nueva metafísica, una nueva piedad que reclamará para sí cada vez más sacrificios en aras de afirmar un mundo distinto del de la vida.

El marco en donde se desarrolla este avance de la “función estado” es el del  *nihilismo* , que no es una doctrina sino una preocupante constatación que tiñe todo lo que se entienda en la actualidad por civilización. No importa el carácter del estado pues su naturaleza no cambia: ser el administrador de unas masas envilecidas por un poder que nivela y embrutece. Obviamente desde distintas disciplinas se evalúa el fenómeno del estado con mayor o menor fortuna pero creemos que esta crítica da fundamentos para ulteriores avances, los que profundizan en algunas de las múltiples líneas de análisis sobre su naturaleza y función.

\* \* \*

Haremos referencia a un perfil del estado que para nosotros reviste un gran interés, se trata del “estado sabio”<sup>3</sup> como aquel que busca y obtiene un conocimiento cada vez mayor de las cosas lo que le asegura su mejor funcionamiento. Sin embargo, este tipo de estado no será considerado como una entidad sino más bien como una *categoría* en el sentido kantiano, esto es, un conjunto de caracterizaciones abstractas gracias a las cuales se pueden construir juicios generales de inteligibilidad. Lo esencial en él es el poder político, el tipo de orden que instituye, los medios que utiliza para imponerlo -que no se reducen a la coacción y a la intoxicación ideológica- y los mecanismos institucionales que pone en práctica para hacerlo penetrar hasta lo más profundo. Esta “categoría” de estado, sin embargo, no pretende ser privativa de alguna realidad política constatable histórica y geográficamente, se trata del análisis de modos de organización de las sociedades y de funcionamiento de los gobiernos, proyectos socio-políticos que pueden coexistir en regímenes políticos de muy diversa índole.

La expresión “estado sabio” es, en parte, ambigua porque más que apuntar a una sabiduría propia del estado, propende a resaltar un rasgo que lo caracteriza: las ciencias de la naturaleza, y las ciencias del hombre y la sociedad -junto a las técnicas que de ellas derivan- constituyen el criterio de un buen gobierno. La tecnología provee los elementos concretos para materializar uno de los anhelos progresistas nacidos en el siglo pasado, a saber, el incremento sin límites de bienes como la clave del orden y del bienestar. En la composición de este estado hay un primer momento que atañe al hecho de que las actividades científicas penetran cada vez más profundamente en la vida de las sociedades industrializadas<sup>4</sup>, y que por causas atinentes a las exigencias propias de la productividad y a necesidades de tipo militares, la organización de la ciencia y de la técnica se van convirtiendo progresivamente en asuntos del estado<sup>5</sup>.

Un segundo aspecto está referido a la creciente necesidad de conocer las leyes que gobiernan los fenómenos sociales en su totalidad, y a tales fines acuden las ciencias sociales con su desarrollo sostenido teniendo como

modelo, en gran medida, a las ciencias de la naturaleza y confiando en que proporcionarán a la política un instrumento controlado y eficaz. El estado contemporáneo, en este sentido, da un cariz nuevo a la función asignada a la racionalidad en la política. Jürgen Habermas ya ha señalado que la investigación, tanto en sus aspectos teóricos como en sus aplicaciones, es tributaria de capitales procedentes de los Estados interesados y de sociedades multinacionales en plan de conquista de nuevos mercados, con lo cual la ciencia entra directamente en las fuerzas productivas y se constituye en elemento esencial de la política. Es conveniente señalar que este gran dinamismo social producido por la ciencia se transforma en estímulo permanente, aun cuando las satisfacciones que el ciudadano encuentre en ella puedan ser en parte reales y en parte ilusorias.

Pero la racionalidad del Estado en sus diferentes articulaciones teóricas -desde los planteos referidos a la competencia técnica y a los grupos de *elite* (Parsons, Mills) hasta los llamados análisis sistemáticos (Deutsch, Easton)- es severamente cuestionada desde diversos ángulos. Una de las proposiciones más interesantes es la debida a Habermas que retoma la línea de Max Weber en cuanto a analizar la creciente coacción de la burocracia administrativa por sobre las decisiones gubernamentales dentro de una modalidad totalizante que es la planificación<sup>6</sup>. La modernidad está signada por el desmoronamiento de las tradicionales legitimaciones -*Weltanschauung*- del orbe, con lo cual se refuerza cada vez más la racionalización dentro de la sociedad a la par de la creciente institucionalización del progreso científico y técnico. La desaparición de aquellas viejas legitimaciones implica un progresivo “desencantamiento” que conlleva en sí la pérdida en el individuo de su capacidad para orientar la acción tanto en el plano individual como en el colectivo. En su lugar se impone un tipo único de acción que es la racional con respecto a fines, es decir, la acción meramente instrumental, y esto se debe -en gran medida- a que la ciencia y la técnica como principales fuerzas productivas se convierten en la fundamental base de legitimación.

Desde, prácticamente, fines del siglo pasado asistimos, en los países económicamente desarrollados, al crecimiento de dos tendencias evolutivas: el incremento de la capacidad intervencionista del Estado a los fines de reforzar la estabilidad del sistema, y la cada vez más estrecha interdependencia entre ciencia y técnica lo que las reafirma, ya hemos visto, como la primera

fuerza productiva. En el marco de estos cambios es que la dominación política comienza a tener otro modo de legitimación pues ya no satisface la ideología del intercambio equitativo. En su lugar aparece un “programa sustitutorio” (al decir de Habermas) en donde el Estado potencia su política social con el fin de estabilizar lo más que se pueda el ciclo económico para regular las disfunciones del sistema capitalista. La forma de actividad política a través de la cual opera -incluyendo al Estado- es la de la conducción técnica y administrativa de la sociedad, haciendo valer como decisivo el sistema de medios capaces de asegurar tanto el bienestar como la *seguridad*. Uno de los efectos de la aplicación de este programa es la despolitización de la gran masa de la población<sup>7</sup>, debido a que la solución de problemas técnicos de regulación de la sociedad escapa, se presume, a la discusión pública: la cuestión política esencial es la del equipo técnicamente competente.

Los mentores del Estado sabio “quieren poner bajo control a la sociedad de la misma forma que a la naturaleza, es decir, reconstruyéndola según el modelo de los sistemas autorregulados de la acción racional con respecto a fines y del comportamiento adaptativo”<sup>8</sup>. La opción a seguir, para Habermas, es tomar partido por la razón que sea capaz de definir sus fines prácticos colectivos contra la razón instrumental. Las relaciones entre tecnócratas y políticos pueden representarse, idealmente, como armónicas en la perspectiva de una sociedad democrática que funcionara en condiciones óptimas, sin pasión excesiva que resulte del conflicto de intereses, ni manipulación de los *mass media*. Entonces podrá suponerse que los especialistas no buscan en modo alguno salirse de su papel de técnicos que evalúan los medios, y que los fines perseguidos son objeto de una larga discusión cívica que inspira las decisiones de los responsables políticos. El Estado sabio -forma privilegiada de la administración de los países industrializados y modelo para el mundo entero- se da y organiza como estructura total de la sociedad operando una fusión (utilizando una terminología un tanto hegeliana) entre el dominio privado, la actividad económica y el orden estatal. Se materializa en una sujeción creciente de los individuos y de los grupos realizada por medio de un cuadrículado cada vez más estricto de la existencia social, y es preciso tener en cuenta que la dominación política instaurada en el Estado penetra la realidad hasta constituirla, asegurando su poder a través de su aparato científico-técnico. Este Estado es totalizador porque engloba lo

económico y lo político en un mismo campo técnico-administrativo autoritario signado por la racionalidad científica, y termina por absorber las diversas potencialidades singulares secretadas por el cuerpo de las sociedades. En todo el planeta, el Estado, como forma y como poder, impone su orden que es el marco obligatorio en cuyo interior en el seno de cada nación se enfrentan fuerzas económicas, militares, en conflictos abiertos o latentes. Ese orden define los principios que regulan la existencia social: el beneficio, la competencia, el crecimiento indefinido, la acumulación, el derroche. La técnica, que se evade cada vez más de la ciencia y se autonomiza en poder tecnológico, aporta los medios de esa política y extiende sus prácticas organizadoras.

\* \* \*

Para tratar el Estado total, procuraremos no entrar en la problemática que atañe a las múltiples interpretaciones del fenómeno totalitario ni en la disputa, más específica, en torno a la extensión del concepto de totalitarismo, panorama sistematizado -entre otros- por Marcelo Stoppino<sup>9</sup>. Tampoco intentaremos evaluar la polémica afirmación de Spiro sobre la incapacidad operativa como tal del concepto de totalitarismo<sup>10</sup>. Haremos pie en la constatación de que dicho concepto designa un modo extremo de hacer política que inhiere profundamente la sociedad y la moviliza erosionando rápidamente su autonomía. Además, denota una experiencia política real que dejó una huella indeleble en la historia y en la conciencia de los hombres del siglo XX. Es innegable que la reflexión sobre el totalitarismo se halla en el origen de la interrogación contemporánea sobre el significado del Estado como forma específica de sometimiento político: “¿No es hora ya de considerar en el Estado totalitario el fenómeno que domina nuestro siglo, lo nuevo por excelencia de nuestra época, a imagen, si se precisara una comparación, de la revolución industrial del siglo pasado?”<sup>11</sup>.

El interrogante formulado por Marcel Gauchat puede a la vez se multiplicado en otros tantos que giren en torno a poder especificar el fenómeno “totalitarismo” y a intentar calificarlo de alguna manera. Tarea imposible es la de encontrar la respuesta exacta, pero sí podemos rastrear estas investi-

gaciones -en su mayoría próximas a cierta literatura del liberalismo político- como el esfuerzo por buscar indicios que coadyuve a una toma de conciencia de esa férrea identificación entre Estado y sociedad que caracteriza al proyecto totalitario clausurando para siempre al individuo. La doctrina totalitaria se realiza mediante un forjamiento contradictorio y paradójico a la vez, pues toma elementos de diversas fuentes y recorre caminos que a menudo conducen a ningún lado. Sin embargo cierta retórica totalitaria sobrevive y es preciso atender a este hecho. El Estado totalitario se opone al Estado liberal y al bolchevique por igual, conservando para sí una supuesta legitimidad dada por la democracia -que será criticada por su desnaturalización en la expresión liberal-, cualitativamente superior a manifestaciones anteriores. Por eso, si el Estado totalitario se proclama enemigo de la democracia, sólo lo hará después de haber intentado se considerada una "superdemocracia". Inclusive, entre los muchos errores atribuidos al estado liberal, los teóricos del totalitarismo reprochan nociones que son enunciadas de una manera harto general y ambigua: humanismo, pacifismo, intelectualismo, abandono de la nación, blandura del poder, igualitarismo, sistema de partidos, etcétera.

En la consideración del Estado como algo absoluto, éste se transforma en la verdadera realidad de todo el cuerpo social, de modo que porvee de sentido a todo lo humano cuyo valor es tal en la medida en que se encuentre dentro del Estado. A la base de esta desmesurada exigencia subyace la idea de la preeminencia del todo sobre el individuo y la única legitimación posible de ese Estado es la trascendente: "Un gobierno autoritario necesita de una justificación que está más allá de lo personal (...) La distinción entre conductor y conducidos en tanto principio de orden estatal, puede realizarse sólo metafísicamente. La autoridad sólo es posible desde la trascendencia y presupone un rango que tiene valor frente al pueblo porque el pueblo no lo otorga, sino que lo reconoce"<sup>12</sup>. El reconocimiento fundamenta la autoridad y supera toda facultad de racionalización. A lo más se admitirá una fundamentación casi zoológica del concepto de autoridad, debida a Karl Schmitt, pues "el contacto permanente e indudable entre el Conductor y los que le siguen, como así también su fidelidad recíproca, se basa en la igualdad genérica. Sólo esta igualdad puede evitar que el poder del Conductor se convierta en tiranía y arbitrariedad"<sup>13</sup>. El Estado se encarga de abolir su separación con la sociedad ajustando cada vez más la identidad entre ambas,

y un gran paso dado en esta dirección es el de la idea de que el Estado total debe ser un Estado de la responsabilidad total de cada uno con respecto a la nación. Esta obligación elimina el carácter privado de la existencia individual y, como veremos más adelante, erosiona lo que son los fundamentos legítimos de la responsabilidad. La doctrina jurídica de Schmitt provee de un marco inmejorable para esta invasión del Estado sobre la sociedad ya que lo jurídico, habiendo perdido el sentido que le confiere la doctrina liberal, se confunde con lo político. El derecho es político y la política será voluntad, de manera que toda ley requerirá en última instancia, para ser válida, una decisión política previa tomada por algún poder político existente.

Un objetivo irrenunciable del Estado total es la unidad del pueblo, la que opera una lógica integradora implacable que propenderá tanto a absorber como a excluir. Operación que se observa a través del fortalecimiento del movimiento y de la disolución de los sindicatos con la consiguiente pérdida de los derechos de los trabajadores, y un minucioso control sobre ellos a través de libretas de trabajo “en donde se registran una cantidad de datos referentes a grado de adiestramiento recibido, ocupaciones anteriores, etcétera”<sup>15</sup>. Es el mismo movimiento el que justifica la exclusión de los demás partidos como “enemigos”, y así queda suprimida la sola idea de pluripartidismo. El término “enemigo” no es casual pues remite a las profundas teorizaciones llevadas a cabo por Schmitt en torno al concepto de lo político. Para definir lo político, siguiendo a este autor, es necesario referirse a alguna distinción de fondo a la que pueda ser remitido todo el accionar político en sentido estricto: “la específica distinción política es la distinción amigo-enemigo”. Podemos precisar, incluso, quién es el enemigo ya que no se trata de una nominación simbólica sino que guarda un significado concreto-existencial. El enemigo es el *otro*, el extranjero, que no debe ser considerado un competidor o un adversario pues se trata de hombres que tienen la posibilidad real de combatir y como tal su relación con los demás será de lucha en tanto potencial eliminación física del otro. Ningún conflicto podrá sustraerse a esta “lógica” de lo político si es lo bastante fuerte como para reagrupar a los hombres en amigos y enemigos.

Por lo pronto podemos afirmar que en esta situación es absurdo pensar en un sistema de partidos políticos que canalice las diferentes demandas sociales y propenda a la representación de intereses de la heterogeneidad de

los grupos. Para Giovanni Sartori al modelo totalitario puede oponérsele el democrático, de tal modo que es posible ver cómo la forma Estado posibilita la realización de fines totalitarios: “determinar qué forma revisten las estructuras de poder no democráticas porque será lo contrario de la democracia y eso nos permitirá concluir que totalitarismo y democracia son incompatibles”<sup>16</sup>. Claro que aquí el autor sostiene que la clave para la comprensión de esta oposición está dada por el liberalismo, puesto que la democracia es democracia liberal<sup>17</sup>. “En términos claros, la desaparición de la democracia liberal hace morir la democracia, ya se trate de su forma moderna o de su forma antigua, de una democracia basada en la libertad del individuo o de una democracia que sólo pida que el poder sea ejercido por el *plenum* colectivo”<sup>18</sup>. Esta postura, similar a la de Raymond Aron, se desarrolla partiendo desde la convicción de que la sociedad puede arreglarlo todo, con lo que el totalitarismo sería una reliquia del pasado que poco tiene que ver con los momentos actuales y sus perspectivas. Por el contrario Hannah Arendt y Karl Friedrich no piensan lo mismo. Seguiremos sus enfoques remarcando elementos que poseen en común y ciertas particularidades en el tratamiento del tema y en reflexiones acerca de sus sentido final. Es bastante conocida la caracterización dada por Friedrich de los sistemas totalitarios, suscitadamente: partido único de masas guiado, por lo general, por un líder carismático; ideología oficial que influye en todos los aspectos de la existencia humana; control y dirección central de la economía por parte del partido; monopolio tendencialmente absoluto en poder del partido de la dirección de todos los medios de comunicación masiva; monopolio en manos del partido de todos los medios para la lucha armada; sistema de terror policíaco y político dirigido tanto a enemigos del régimen como a grupos elegidos al azar. Cabe destacar que la distinción con las formas antiguas de tiranía se debe principalmente a que estos rasgos, anteriormente anunciados, están condicionados y potenciados por el desarrollo de la tecnología.

El enfoque de Arendt se orienta a desentrañar cuál es el fin del totalitarismo y, por medio de sus investigaciones, logra descifrarlo: la transformación de la naturaleza humana con la previa reducción de los hombres a autómatas que sean sólo capaces de obedecer. Objetivos alcanzados a través de la ideología oficial, el terror policíaco, el partido único de masas, la policía secreta. Es necesario remarcar aquí que un régimen totalitario borra la

distinción, habitual entre Estado y sociedad, por medio de su principal instrumento de organización, el partido único de masas, noción sólo comprensible si la conectamos con la idea de movimiento. Claro que no nos referimos a aquellos llamados a los hombres para que se sitúen por “encima de los partidos” o que “representen exclusivamente el interés nacional”, deseos todos tan caros a los grupos imperialistas del siglo pasado, y que, en parte, son explicables a la luz del interés exclusivo puesto en la política exterior de modo tal que se suponía que la nación actuaba como un todo prescindiendo de las clases sociales y de los partidos. Los movimientos totalitarios llevaron adelante la destrucción del sistema de partidos los que, por otra parte, arrastraban desde hacía tiempo un creciente desprestigio: “cada nuevo grupo creía que no podría hallar mejor legitimación ni mejor atractivo ante las masas que una clara insistencia en no ser un ‘partido’ sino un ‘movimiento’”<sup>19</sup>.

Aquella suposición de que cada partido se define a sí mismo como una parte de un todo, que a su vez está representado por un Estado que se sitúa por encima de los partidos, ha ido debilitándose poco a poco y por diversos frentes. Los parlamentos pierden jerarquía y cada vez más aparecen como instituciones costosas e innecesarias, y por esta razón cualquier grupo que presente algo al margen de los intereses del partido y del parlamento obtiene grandes posibilidades de popularidad. Los movimientos totalitarios, en realidad, utilizaron el slogan de ‘movimiento’ para atraer a las masas pues su intención era apoderarse de la maquinaria del Estado sin alterar demasiado la estructura de poder, es decir, lograr la identificación del partido con el Estado. Sin embargo, el Estado total sólo aparentemente es un Estado -recordemos que no hay movimiento sin odio al Estado- pues se va desentendiendo de todos los lazos de responsabilidad, incluso de las necesidades del “pueblo” en aras de fortalecer su ideología: “El movimiento... es tanto el Estado como el pueblo, y ni el Estado actual, ni el actual pueblo alemán, pueden ser concebidos sin el pueblo”<sup>20</sup>. Es importante poder organizar a las masas dependiendo siempre de la fuerza, sin mediar intereses comunes que las aglutine, u objetivos específicos y alcanzables. Sólo un repentino apetito de organización política ha logrado que confluyan individuos que habían tenido hasta entonces un marcado desinterés por la política. Estos movimientos exigen a la organización de individuos atomizados una lealtad incondicional,

la cual efectivamente se logra porque de su afiliación al partido deriva su sentido de tener un lugar en el mundo.

Es en vano buscar especificaciones programáticas en los movimientos o enunciaciones de contenidos concretos. Solamente ambiguas referencias a “cuestiones ideológicas de importancia”, confiando siempre en cierta inspiración que sobreviene a los hombres de acción. El ejercicio del dominio, en los sistemas totalitarios, nunca se restringe al Estado y su maquinaria, sino que logra una forma de dominio más eficaz: desde *dentro*. Con el terror logra el dominio permanente de los individuos en cada una de las esferas de la vida y así se inserta en todas las células que componen el tejido social, con lo que desaparece la libre iniciativa resultando previsible toda actividad. La propaganda está orientada a apoyar sobre todo la política exterior, mientras que para la faz interior de la nación está reservado el adoctrinamiento que tiene como su complemento natural y fundamental al terror que constituye la verdadera esencia de su forma de gobierno. En cuanto al partido sigue el típico modelo gangsteril norteamericano que opera a través de la acumulación de dinero mediante chantaje y protección<sup>21</sup>. Así se logra la base económica necesaria para llevar adelante su plan de dominación permanente.

A diferencia de la propaganda partidaria, la totalitaria no está compuesta por temas objetivos sobre los que la gente pueda opinar sino que su contenido, además de ser incontrastable, es incuestionable. Con un marcado desprecio por los hechos lo que se advierte son diversas ficciones construidas *ad hoc* que contribuyen al objetivo de aislar a las masas del mundo real. Junto a la propaganda haremos una breve referencia al papel cumplido por la organización, y a los aspectos más salientes que conforman su funcionamiento:

-Se divide a los grupos en simpatizantes y afiliados, y mientras el número de los primeros aumenta continuamente, el de miembros del partido permanece constante.

-Las organizaciones frontales están formadas por simpatizantes y su función principal es aislar y reducir el impacto de la realidad sobre los afiliados.

-La organización está siempre en estado de cambio, lo que posibilita que en cualquier momento se pueden insertar nuevos grados y crear nuevas instancias de decisión.

-A la aparición de diferentes grupos y subgrupos hay que agregar que se establece una competencia en torno a ver quien posee mayor combatividad.

Esta estructura “cebollimorfa” es típica de organizaciones secretas y su fin principal es el incremento indefinido de controles y de presión ante eventuales deserciones al partido. Otra técnica también muy utilizada fue la de la multiplicación de organismos, con el inocultable objetivo de descomponer el *status quo*. A la par de cada grupo singular organizado de la sociedad había que crear otro, manejado por el partido, que lo fagocitara, siempre con la lógica implacable de presionar sobre los originarios miembros de las organizaciones y organismos. Por supuesto el vértice del sistema está ocupado por el Jefe que es quien tiene la última palabra y que, contrariamente a la figura del tirano que jamás se identificaría con sus subordinados, se identifica con sus funcionarios creando una situación muy problemática, cual es que ninguno experimenta responsabilidad por sus propias acciones o puede explicar las razones de éstas.

Lo que no deja de sorprender del Estado totalitario es que en modo alguno se trata de una estructura monolítica. Por el contrario, encontramos una autoridad dual formada por el partido y el Estado que genera conflictos permanentes aun cuando haya serias presunciones de que el verdadero poder es del partido<sup>23</sup>. Todos los recursos de los que dispone el totalitarismo parecen tener algo grado de eficacia pues aseguran el monopolio del poder y la ejecución de las órdenes: “... la multiplicidad de las correas de transmisión, la confusión de la jerarquía, afirman la completa independencia del dictador respecto de todos sus inferiores y hacen posibles los rápidos y sorprendentes cambios de la política por los que se ha hecho famoso el totalitarismo. El cuerpo político del país se halla a prueba de choque por obra de su falta de conformación”<sup>24</sup>. El carácter “total” de estos sistemas no radica solamente en el hecho de que un partido no tolera la existencia de otros ni de ningún tipo de oposición y que las posiciones del gobierno sean ocupadas por miembros del partido, sino en que la *totalidad del poder* está concentrado en las instituciones del movimiento, transformándose el Estado en algo así como su fachada, detrás de la cual se ubica una poderosa policía secreta o su equivalente, ejecutora de cuanto haga falta para hacer más intensa aún la dominación.

Entre los múltiples enfoques del fenómeno “Estado” es interesante resaltar uno que es el que intenta abordarlo en cuanto a su especificidad. Habitados a los abordajes que consideran al Estado como el sitio en donde radica el poder político soberano, resultan muy novedosos otros enfoques, que no por ser más difusos son menos certeros en sus aproximaciones teóricas al poder y al Estado. Mientras que la perspectiva sociológica da una explicación del poder a partir de la coacción inherente a todo hecho social, el formalismo jurídico intenta su explicación a través de la legitimidad que siempre remitirá a una ley o autoridad que la dicta y aplica. Ambas posiciones -para Michel Foucault- fallan en el blanco, pues el ejercicio del poder es en cada ocasión singular en sus mecanismos, en sus objetivos y en sus efectos: sólo una microfísica puede seguir su acción. Sería vano pretender que la naturaleza del poder se sitúe en un término abstracto -Estado, ley- o en una realidad empírica -gobierno, clase social-, más bien hay que pensar que el poder es el mismo tejido de que está hecha la realidad. A través de una especie de vía negativa el autor descarta ciertas maneras de considerar el poder, muy arraigadas en el pensamiento filosófico-político, para dejar el camino libre y poder ensayar una nueva comprensión: “Ahora bien, el estudio de esta microfísica supone que el poder que en ella se ejerce no se conciba como una propiedad, sino como una estrategia (...) Hay que admitir en suma que este poder se ejerce más que se posee, que no es el ‘privilegio’ adquirido o conservado de la clase dominante, sino el efecto de conjunto de sus posiciones estratégicas”<sup>25</sup>.

Las estrategias mencionadas se ejercen sobre los cuerpos, por eso el autor insiste en que todo poder se define como tecnología política del cuerpo, emplazada a lo largo de la historia por diversos procedimientos técnicos: “Pero el cuerpo está también inmerso en un campo político; las relaciones de poder operan sobre él una presa inmediata (...) Este cerco político del cuerpo va unido, de acuerdo con unas relaciones complejas y recíprocas, a la utilización económica del cuerpo; el cuerpo, en una buena parte, está imbuido de relaciones de poder y de dominación como fuerza de producción”<sup>26</sup>. Si bien el autor concentró sus estudios en objetos puntuales como organismo

enfermo, locura, delincuencia, sexualidad, reviste una gran importancia analizar su desarrollo en tanto grafican de un modo contundente hasta qué punto el poder político penetra en toda la capilaridad del tejido social. Esta inserción se opera por medio de las disciplinas -'anatomía política del detalle'- que están constituidas por un cúmulo de recomendaciones cuyo producto es lograr docilidad. Hay que realizar el control, para lo que se debe establecer una jerarquía férrea en donde cada puesto es un observatorio desde el cual el superior minuciosamente descompone cada movimiento del subordinado. Tecnología de dominación que tiene su paradigma conceptual en lo que Foucault denominó "panoptismo"<sup>27</sup>: "El efecto mayor del Panóptico: inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder. Hacer que la vigilancia sea permanente en sus efectos, incluso si es discontinua en su acción. Que la perfección del poder tienda a volver inútil la actualidad de su ejercicio"<sup>28</sup>.

Sin embargo, a contra corriente de la filosofía política clásica, este enfoque se resiste a plantear la cuestión de los mecanismos de sometimiento en términos de Estado porque éste tanto como los posibles marcos jurídico-representativos y la dominación global de una minoría sobre una mayoría no son datos iniciales sino "formas terminales": "Por poder no quiero decir 'el Poder', como conjunto de instituciones y aparatos que garantizan la sujeción de los ciudadanos en un Estado determinado. El poder está en todas partes; no es que lo englobe todo, sino que viene de todas partes"<sup>29</sup>. Las relaciones de poder pierden toda polaridad trascendente a la sociedad pues "vienen de abajo" debilitándose la figura de oposición binaria y total entre dominantes y dominados. Conforme a esto resulta un error concebir al Estado como instrumento de la clase dominante o como la manifestación actual de la ley. Las relaciones que atraviesan la sociedad se instalan cada vez más en el orden del poder político cuya figura es la de un campo múltiple de relaciones de fuerza donde se producen efectos globales, mas nunca estables, de dominación; el modelo estratégico en lugar del modelo del derecho. La resistencia estará presente pues es parte del poder y por ende se multiplica y diversifica en innumerables puntos en la red del poder. Sin embargo, no hay el lugar de "la resistencia". Es un engaño pensar el poder como aquello que por naturaleza tiene la función de prohibir, el poder crea, produciendo incluso al individuo mismo.

Lo que subyace a este análisis del poder es que la capacidad que ha desarrollado el Estado de infiltrarse en la sociedad es mucho mayor que la que mostraba hasta mediados de siglo. A través del tejido social el poder llega hasta la intimidad del individuo. En una de sus investigaciones, Claus Offe<sup>30</sup> señala ciertas tendencias autonegativas propias de la democracia competitiva, y una de ellas es la destrucción de la identidad de los sujetos de la voluntad política. Debido al afán creciente de los partidos políticos por captar la mayor cantidad de votos se produce un tratamiento del ciudadano como si fuera un objeto abstracto. Pero esto no anula la necesidad del individuo por recomponer la relación entre la situación social y la fundamentación de la voluntad política de una manera coherente, que ahora se ha transformado en un problema a resolver individualmente. Por lo que hemos visto en el análisis de Foucault es cada vez menor el espacio que queda fuera del influjo del Estado; la construcción del ámbito privado es cada vez más trabajosa. Y es que el individuo ha sido considerado (sobre todo a partir de la concepción liberal) como una unidad continua en el tiempo y en posesión de una definitiva identidad personal, resultando la sociedad una población de individualidades de este tipo. Pero ocurre que estos son algo así como los “primeros efectos” del poder, sus “víctimas tempranas”. Los regímenes multiplican hasta lo inimaginable instrucciones y prescripciones destinadas a hacer que sus ciudadanos sean más controlables y previsibles. En este sentido, existe un largo trabajo de disciplinamiento después del cual no hay riesgo alguno en que se otorgue la libertad de expresión, la representación de los intereses o el equilibrio de poderes. Muchos menos riesgos aún subyacen en una sociedad moderna donde la autodisciplina es la técnica más eficaz para producir su propia docilidad.

Como señalara Claude Lefort<sup>31</sup>, en la sociedad democrática -a diferencia de las organizadas según un modelo teológico-político-, el sitio de poder pasa a ser un lugar vacío en donde desaparece la referencia a un garante trascendente. La sociedad democrática inaugura la experiencia de una sociedad que guarda aspectos inaprehensibles y cuya identidad nunca será dada definitivamente. Los partidos políticos harán de una sociedad algo más democrático si se transforman en puntos de resistencia al poder, en la medida en que ellos sean impedidos por una fuerza que de algún modo adquiera un sentido contrario al poder omnímodo del sistema. En esta perspectiva, más

proporcionada que la figura de la gran batalla es la de pequeños enfrentamientos silenciosos motorizados por fuerzas activas y no por una inerte oposición reactiva.

## Notas

<sup>1</sup> F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Alianza, Madrid, 1973, p. 82.

<sup>2</sup> La *genealogía* es una especie de método, debido a Nietzsche y continuado posteriormente por Foucault, que tiene como objetivo percibir la singularidad de los sucesos fuera de toda finalidad omniabarcadora, renunciando a todo intento de remontar hasta algún origen impoluto. Lo importante radica en encontrar los diferentes escenarios en donde una misma idea jugó diferentes papeles.

<sup>3</sup> Esta denominación no responde exactamente a la idea de Estado-que-sabe, de ser un Estado que posee sabiduría. Tampoco la expresión "Estado docto" no sirve demasiado pues no se trata de que el Estado adhiera a alguna doctrina en particular. Hechas estas aclaraciones, utilizaremos aquella denominación con más confianza.

<sup>4</sup> Sin entrar en el debate acerca de si hoy son pertinentes otros calificativos para esas sociedades, tales como "post-industrial" o "post-capitalista", interesa señalar que han tenido o tienen su momento de sociedad industrial.

<sup>5</sup> Ver J. Habermas, "Ciencia y técnica como ideología" en *Ciencia y técnica como ideología*, Tecnos, Madrid, 1984.

<sup>6</sup> Es recomendable tener en cuenta que este planteo es fruto de una productiva interrelación de distintas posturas; los aportes de H. Marcuse al respecto son de muy valiosos.

<sup>7</sup> Ver en este sentido "¿La democracia contra el Estado benefactor?" en revista *Doxa* I (2), 1990, en donde se hacen muy patentes estos efectos.

<sup>8</sup> J. Habermas, *cit.*, p. 104.

<sup>9</sup> M. Stoppino, "Totalitarismo", en Bobbio-Mateucci, *Diccionario de política*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1986.

<sup>10</sup> "Totalitarismo", en D. Sills (Edit.), *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, Aguilar, Madrid, 1984.

<sup>11</sup> M. Gauchat, citado en Chatelet-Pisier Kouchner, *Las concepciones políticas del siglo XX*, Espasa Calpe, Madrid, 1986, p. 428.

<sup>12</sup> E. Forsthoft, citado en H. Marcuse, *Cultura y sociedad*, Sur, Buenos Aires, 1968, p. 41.

<sup>13</sup> K. Schmitt, *El concepto de lo político*, Folios, México, 1980, p. 291.

<sup>14</sup> E. Forsthoft, *cit.*, subrayado nuestro.

<sup>15</sup> F. Neumann, *Behemoth*, FCE, México, 1956, p. 380 y ss.

<sup>16</sup> G. Sartori, *Teoría de la democracia*, Alianza, Buenos Aires, 1990, p. 127.

<sup>17</sup> Hay una notable coincidencia con la posición adoptada a este respecto por N. Bobbio en *El futuro de la democracia*.

<sup>18</sup> G. Sartori, *Idem*, p. 301.

<sup>19</sup> S. Neumann, citado en Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Taurus, Madrid,

1974, p. 325.

<sup>20</sup> K. Schmitt, *cit.*, p. 341.

<sup>21</sup> F. Neumann, *cit.*, p. 335, 341.

<sup>22</sup> H. Arendt, *cit.*, p. 491.

<sup>23</sup> Esta es una de las razones por la cual F. Neumann denominó *Behemoth* a su libro dedicado al estudio del nacional-socialismo, pues es un no-Estado en el sentido en que se aproxima más a un caos en donde toda acción es imprevisible y está sujeta a la voluntad absoluta del Jefe.

<sup>24</sup> H. Arendt, *Idem*, p. 501.

<sup>25</sup> M. Foucault, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1976, p. 33.

<sup>26</sup> M. Foucault, *Idem*, p. 204.

<sup>27</sup> La denominación se debe a que Foucault toma esta idea de J. Bentham y su panóptico como proyecto arquitectónico de prisión ideal.

<sup>28</sup> M. Foucault, *Idem*, p. 204.

<sup>29</sup> M. Foucault, *La voluntad de saber*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1977.

<sup>30</sup> C. Offe, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Sistema, Madrid, 1988.

<sup>31</sup> C. Lefort, *La invención democrática*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1990.